

manidad, que es amor a todo lo extraño y odio a todo lo nuestro, como si nosotros no fuéramos también humanidad?... ¿En los que temblarán por su dinero, comprometido con los venecianos o con los genoveses, los que querrán salvar el que atesoran o querrán ponerlo a mayor precio?... ¿Dónde encontraremos el alma de la Ciudad?

CRISPÍN

¡Mi Ciudad! Porque yo fui el primer miserable en todas sus miserias, el primer egoísta en todos sus egoísmos... Ahora..., por encontrar su alma entre tantas ruindades, quiero volver mis ojos a una Ciudad ideal... que mereciera por salvarla todos los sacrificios... Esa Ciudad yo he creído verla, al pasar por sus calles, al recorrer sus campos... No eran estos hombres que me rodean... Eran otros hombres, con sus mujeres y sus hijos, de los que no sabemos, a los que no contamos uno a uno, porque ellos son los miles; buenos para trabajar, buenos para soldados, buenos para sostener las cargas de la Ciudad, buenos para sufrir nuestros desmanes y nuestras injusticias... Y en esta hora es cuando veo con espanto que ellos son la verdadera Ciudad..., que ellos son sus hombres... Pero tampoco está en ellos el alma que yo busco, que el alma de los pueblos no debe ser la resignación, sino la fortaleza con la serenidad... Y ellos aceptarán la humillación que les impongamos, contentándose una vez más con maldecir y murmurar de nosotros... La Ciudad está sin alma... Si no lo estuviera, si no lo hubiera estado siempre..., ¿cómo pudieran juntarse en esta hora Crispines y Polichinelas a decidir su suerte?

DESTERRADO

La Ciudad ideal ha de purificarse por la sangre y el fuego; por su propio dolor ha de redimirse.

CRISPÍN

Ya están aquí... Ven a mi lado, muy cerca de mí, que nos vean unidos... Y así pudieran verte a ti solo, que de nada tienes, como yo, que avergonzarte ante ellos...

ESCENA X

DICHOS y POLICHINELA, PANTALÓN, PUBLIO y el CAPITÁN, por la derecha.

SEÑOR POLICHINELA

A vuestro mandado, señor...

CAPITÁN

Señor...

CRISPÍN

Sentaos todos. Escuchadme. La Señoría de Venecia me ha comunicado por medio de su embajador, para que en el término de dos días entreguemos el puerto de nuestra Ciudad con todos sus fuertes. De no acceder a su demanda amistosa, nos declarará la guerra como a enemigos...

SEÑOR POLICHINELA

¿La guerra?

PANTALÓN

¡La guerra!

SEÑOR POLICHINELA

No puede ser...

PANTALÓN

Sería horrible...

PUBLIO

Habréis contestado que...

CRISPÍN

Yo, por mi, y en nombre de la Ciudad, no he dudado un instante lo que ha de responderse...

CAPITÁN

¿Quién puede dudarlo? La guerra.

SEÑOR POLICHINELA

¡Todo antes que la guerra!

PANTALÓN

¡Todo..., todo!

CAPITÁN

Todo antes que humillarnos al extranjero.

PUBLIO

Habláis como soldado.

CAPITÁN

Como ciudadano ante todo...

PUBLIO

La guerra es vuestro oficio.

CAPITÁN

Algo más noble que el vuestro, de perturbar la paz. Un oficio, como decís, en que se arriesga y se pierde la vida. ¿Podéis decir otro tanto del vuestro?

PUBLIO

La guerra es inhumana.

DESTERRADO

Tenéis razón. Mas inhumana que nunca; cuando vemos que es tan humana, vemos que se preparan para ella los pueblos y las ciudades que pueden amenazarlos algún día, y hay quien, como vosotros, dificulta, entorpece y estorba que nosotros estemos preparados para defendernos... Esa es la inhumanidad de la guerra, enviar a nuestros soldados vendidos a la derrota y a la muerte, por falta de medios para combatir... Lo que habéis hecho siempre, oradores y apóstoles de la Humanidad..., que más parecéis traidores a la patria...

PUBLIO

Traidores son los que pretenden aventurarla en empresas guerreras.

CAPITÁN

Traidores son los que la venden al extranjero.

PUBLIO

Tened cuenta con vuestras palabras...

CAPITÁN

Vos sois quien ha de tener cuenta. Que antes de combatir contra los enemigos de fuera, importaría mucho exterminar a los de dentro.

CRISPÍN

Reportaos, señor Capitán... Vos también, señor Publio. No anticipemos la contienda.

DESTERRADO

De tu opinión, señor Publio, comprenderéis que nada nos importa... Tú que una vez levantaste al pueblo para impedir una guerra que convenia al decoro de la Ciudad, y poco después quisiste levantarle para obligarnos a intervenir en favor de tus amigos y clientes los venecianos...; que eres patriota de todas las patrias, menos de la tuya, y humanitario con todo el mundo, menos con tus compatriotas, y hasta eres celoso defensor de todas las religiones, y sólo escarneces la nuestra...; tú que eres todo esto... y mucho más..., si aun tienes por esas plazas quien te escuche y te siga..., aquí no puedes nada.

PUBLIO

Lo veremos. ¿Quién podrá más que yo?

CRISPÍN

Amigo Publio, bien sabéis que toda vuestra fuerza ha estado siempre en nuestra debilidad. El día en que nada se os conceda, ¿qué podréis ofrecer a los que os siguen? En caso de guerra, vuestro deber quedará reducido a proveernos en mejores condiciones que al extranjero de las mismas cosas con que, gracias a nuestra amable condescendencia, habéis traficado en provecho vuestro. Sólo os pedimos un poco más de desinterés; de ningún modo desinterés absoluto. ¿Estamos de acuerdo?

PUBLIO

¡Me insultáis!

CRISPÍN

Habláis de insultos vos, el inspirador de los más in-

nobles libelos... Hablad vos, Capitán, que el señor Publio, entretanto, irá reflexionando por los dedos. ¿Contáis con el buen espíritu de vuestros soldados?

CAPITÁN

Señor, los soldados son hombres, y en tiempo de paz no pueden ser ajenos a las discordias que perturban y dividen en bandos políticos a los ciudadanos. Añadid a esto el natural descontento cuando vemos en tantas ocasiones desestimarse el mérito y encumbrarse la ineptitud por el favor o por la intriga. Considerad también que sabemos mejor que nadie lo que nos falta en armas y municiones, sin las cuales el valor es inútil... Pero con todo esto, si la Ciudad nos manda combatir en su defensa, para nosotros no hay más voz que la suya, no hay más bandera que la de nuestra patria. Acaso no podamos vencer, pero sabremos morir siempre... Este es el espíritu de mis soldados, del que respondo con el mío. Si fuerais preguntando uno por uno, todos os responderían lo mismo.

CRISPÍN

¡Sabríais morir! Esa es mi tristeza. Ese debe ser nuestro remordimiento. ¡Enviaros a morir cuando debiéramos enviaros seguros de vencer! Pero ya es mucho que la Ciudad cuente con vosotros; así pudierais vosotros contar con la Ciudad... Decidnos, señor Polichinela, y vos, señor Pantalón..., ¿podremos contar también con vuestro dinero?...

SEÑOR POLICHINELA

¡Nuestro dinero..., nuestro dinero! ¿Quién puede decir que su dinero sea suyo en tiempo de guerra? ¿Sabéis lo que valdrá nuestro dinero apenas se declare la guerra?...

PANTALÓN

El dinero es lo primero que huye y se esconde.

SEÑOR POLICHINELA

El poco dinero que pueda encontrarse subirá de precio...

PANTALÓN

¿Qué garantías puede ofrecernos la Ciudad en caso de guerra?...

SEÑOR POLICHINELA

Eso es... ¿Qué garantías?

CRISPÍN

Ninguna, es cierto.

DESTERRADO

¡Pobre Ciudad! Las garantías de las ciudades son sus ciudadanos. Con ciudadanos que ofrecen lo que vosotros, ¿qué puede ella ofrecer? Su venganza es que, cuando nada ofrecéis para salvarla, no sé qué pueda ella ofrecer para salvaros. Creedme: no habéis sabido ser bastante egoistas. No habéis pensado más que en vosotros. ¡Mal egoismo! Atesorar dinero, atesorar y nada más que atesorar... Y ese dinero es ahora vuestra ruina y vuestra pobreza... Porque ese dinero, ¿sabéis qué significa? Significa todo lo que se hizo mal por lucraros y lucrar a vuestros amigos...; significa todo lo que se debió hacer y dejó de hacerse por que no se lucieran otros...; significa la falta y la merma de muchas cosas que eran precisas en la Ciudad...; significa que habéis sido muy listos, muy habilidosos...; significa que

Dios tiene su hora, y en esa hora es la cuenta en que todo se suma...

SEÑOR POLICHINELA

¿Y sólo a nosotros? ¿Es que a vos no habrá nada que anotaros en cuenta, señor Magnífico?...

CRISPÍN

Si; tan culpable como vosotros; mías son todas vuestras culpas; en todas ellas tengo parte.

PUBLIO

En ese caso, bien os estará dejar el gobierno de la Ciudad.

CRISPÍN

Si fuera para estar yo, con la Ciudad, mejor gobernado, ¿quién lo duda? ¿Pero quién ha de substituirme? ¿Cualquiera de vosotros? Crispín por Crispín, me prefiero a mí mismo. Yo soy más grande en mis ambiciones. Ambicioné riquezas, y tuve cuantas pude ambicionar; ambicioné el poder, el señorío de la Ciudad, y nadie puede disputármelos... Los medios fueron torpes, me serví de vosotros, y tuve que dejar que de mí os sirvierais. Pero mi ambición no se detiene tan bajo como la vuestra. Ahora ambiciono la grandeza de la Ciudad; por conseguirla sacrificaría mis riquezas, mi vida..., por de contado os sacrificaré a vosotros. Levantaré la Ciudad en contra vuestra, y en contra mía si es preciso. Vos, Capitán, esperad mis órdenes... A vosotros, no he de ser yo, ha de ser la Ciudad, el alma de la Ciudad, que ha de despertarse, la que dispondrá de vosotros; de mí también, que hasta el fin hemos de estar unidos, como cómplices de un mismo crimen. Pero

yo no he cegado mi entendimiento ni mi conciencia; os llevo esa ventaja: sé lo que soy y sé lo que merezco. Ahora, salid, dejadme... Dejadme, digo... Tú sólo no me dejes... *(Salen todos por la izquierda, menos Crispín y el Desterrado.)*

ESCENA XI

CRISPÍN y el DESTERRADO

CRISPÍN

¿Hablarás al pueblo? ¿Despertará el alma de la Ciudad?...

DESTERRADO

¿Y no temes su despertar?

CRISPÍN

Su despertar será... mi muerte.

ESCENA XII

DICHOS, JULIA y LAURO, que entran por la derecha.

CRISPÍN

¡Hija mía! ¡Lauro!

JULIA

¿Qué hablabais de muerte? ¿Tú también hablas de morir?...

CRISPÍN

¡Julia! ¡Hija mía!

JULIA

¡Pobre de mí! ¡Desdichados de todos nosotros!

CRISPÍN

¿Sabe ya...?

LAURO

Sí, lo sabe... Nos lo dijo mi padre...

JULIA

Lo sé: es la guerra... Pero tú no expondrás tu vida, ¿verdad? Tú debes permanecer aquí, y mi Lauro contigo... ¿No sabes? Dice que quiere ser el primero en combatir con nuestros soldados, que es su deber... Pero tú le obligarás a no dejarte, le dirás que su deber está aquí, a tu lado, para servirte, para defenderte. ¿Verdad que él no irá, padre mío?... La guerra es la muerte... ¡No irá, no irá!... ¡Dime que no irá, padre mío!

CRISPÍN

Si tú lo quieres...

DESTERRADO

Entre tanto egoísmo de los hombres, traiciones, cobardías y miserias humanas, sólo tu egoísmo de mujer enamorada es como debe ser... Y es como debe ser, hija mía, noble corazón de mujer, porque tú misma crees que así siente tu corazón..., cuando sientes de otra manera...

JULIA

¿De otra manera, dices? ¿Pues puedo yo sentir de otro modo?...

LAURO

Sí, dice bien mi padre... El heroísmo de la mujer es así: se esconde vergonzoso entre lágrimas... Nos pedis llorando para probar nuestra fortaleza, que está en negar lo mismo que nos pedis, si es una indignidad o una cobardía...; que si nos vierais acceder a ella..., un instante sería la satisfacción de habernos convencido; pero después..., el desprecio porque nos habíamos dejado convencer tan pronto...

JULIA

¡Padre mío!

DESTERRADO

Vienes a impedir que Lauro sea el primero que vaya con nuestros soldados. Cuando él se conmoviera ante tus lágrimas, ¿qué pensarías de su valor? No quieras engañarte; tú haces bien en llorar para impedirle que cumpla con su deber...; él hará mejor en no escucharte... Y tú llorarás, llorarás mucho...; pero llorarás de otro modo..., orgullosa de su amor más que nunca, cuando él, por amor tuyo, vaya a cumplir con su deber...

LAURO

Padre mío, ¿hablarás al pueblo?

DESTERRADO

Sí; le hablaré desgarrado mi corazón, porque he de mentirle, he de mentirle por primera vez en mi vida.

Hablaré de triunfos, de glorias... Y sabemos lo que será esa guerra...

CRISPÍN

Por nuestra desdicha lo sabemos...

DESTERRADO

Es enviar a la muerte a los soldados, al pueblo; es destruir la Ciudad.

CRISPÍN

Si no hay un alma en ella.

DESTERRADO

Ese alma es lo que importa salvar; la salvaremos.

JULIA

No, Lauro, no; tú no irás, ¡por mi amor!...

LAURO

Por tu amor debo ir..., y tú lo sabes... Por nuestro amor, que ha unido a nuestros padres en ese abrazo santo que es el amor a sus hijos, el amor a la patria.

CRISPÍN

¿Dices que has de mentir? Sí, mentiremos. Pero sobre nuestras mentiras estará la verdad de nuestro sacrificio... La vida de tu hijo, el dolor que destroza el corazón de una hija. Y si aún no basta para espiar y redimir..., cuando hables al pueblo dile que no tarde, que venga, que derribe las puertas de mi palacio, que entre a saco por mis riquezas, que llegue hasta aquí y me arroje por una de esas ventanas, y arrastre por las ca-

lles de la Ciudad mi cuerpo destrozado... Pero que al darme muerte, al arrastrarme, al destrozar mi cuerpo..., piense que no fui yo el culpable de los males de la Ciudad.

DESTERRADO

No lo eres. Tú sólo has sido una culpa más de sus culpas. Eres el Crispín que se eleva del Crispín que todos llevan en su alma... Por eso te temen y te odian. Eres su conciencia. (*Telón.*)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

Plaza en la ciudad; al fondo, vista del puerto; en él, una galera.

ESCENA I

ARLEQUÍN, AURELIO y FLORENCIO entran por la segunda izquierda.

ARLEQUÍN

¿Visteis nada más despreciable que una ciudad en tiempo de guerra?

AURELIO

No hay modo de substraerse a la brutalidad circunstante.

FLORENCIO

Todo lo invade la soldadesca.

AURELIO

Yo entré hoy en la hostería por reunirme con vosotros, y vi que los soldados venecianos campaban allí por sus desafueros: golpeaban las mesas con sus espa-